

LA BIOÉTICA: ¿UN NUEVO TIPO DE SABER?

Thalía Fung

I- Generalidades.

Un cuestionamiento presente en parte del pensamiento filosófico actual es el de si la bioética ocupará un lugar privilegiado en el ámbito filosófico en los próximos decenios, por cuanto hubo momentos, incluso, en que se anunció como la filosofía del siglo XXI, ante las macrodimensiones de las revoluciones biológicas del siglo XX y ante las nuevas redes de la vida que se establecían en las ciencias. Por otra parte, no es menos cierto que se polemiza acerca del estatuto identitario de la bioética, cuál es su lugar teórico y metodológico y si sólo es una ética aplicada.

A pesar de los grandes cambios ocurridos en el mundo, se continúan inscribiendo dos grandes líneas en el pensamiento filosófico contemporáneo; a) la preeminencia del irracionalismo, aún informatizado, y b) las racionalidades clásica, paradigma de la modernidad, y la no clásica, en la cual podríamos incluir el pensamiento complejo y el ecológico.¹ Por supuesto, dicha taxonomía se aventura como conjetura, porque habría necesidad de conceptualizar todos los términos empleados; pero la asumimos sólo a los efectos de proponer una ubicación con un cierto grado de aproximación, precisamente, por las hipótesis tan variadas e importantes a que ha dado origen.

En el pensamiento irracionalista no se excluyen a los neo y postpositivistas, pues sus indubitables aportes a la construcción epistemológica de la ciencia; con una gran dosis de agnosticismo y de reduccionismo podría avalar dicho calificativo en el pensamiento tradicional, con lo cual se negaría lo comúnmente denominado irracional, que podría considerarse no más que el lado oculto de lo tenido por cierto.. El siglo XX denominó irracionalismo a los existencialismos en su amplio arcoiris, calificativo con el cual devienen paradigmáticos hasta ahora los postmodernos, encabezados por Lyotard y Baudrillard, en particular, en su negación de la ciencia.. A excepción de estos últimos, que poseen una diferencia específica, hay que reconocer que los demás siguen la racionalidad protagonizada por Descartes de una forma u otra, unas veces en un contenido evidente, otras en la transparencia de la forma. Lo que parece evidente es que la racionalidad desarrollada por la modernidad es su objetivación, resultado de la “industria de las chimeneas “ y el predominio por largo tiempo de la mecánica.. Quizá el problema consista en que se requiere reconceptualizar lo racional, porque aún desde ciencias como la física, la incertidumbre forma parte de la certeza y, cada vez son un

¹¹ Sobre esta problemática, Carlos Delgado ha ofrecido, en paralelo, el paradigma simplificado y el paradigma complejo. (Evento Cultura Política, Medio Ambiente y Bioética, Universidad de La Habana, 25 y 26 de enero del 2002, convocado por la SOCIEDAD CUBANA DE INVESTIGACIONES FILOSOFICAS).

número mayor de científicos los que integran la proyección del sujeto en su objeto de estudio, hecho que descubrió Marx en el siglo XIX.

¿Cuál sería entonces lo irracional en ese mundo que fue en el siglo XVII mecánicamente adecuado? Al parecer, reside en su linealidad y en su avaloración cognitiva. De modo acertado, Carlos Delgado (2000) planteó que la modernidad divorció el conocimiento y el valor, y en consecuencia, la ciencia y la ética. Concordamos con su análisis epistemológico, aunque fuera del universo de las teorías científicas y de los instrumentos técnicos, la realidad de la modernidad capitalista lleva implícitos sus valores propios, de entre los cuales consideramos al valor de cambio como el esencial. Asimismo su ética utilitarista se encuentra insita en los fenómenos, objetos y procesos de toda índole, incluida la cognición. Luego, es una avaloración que también demanda una connotación nueva.

Aunque los postmodernos parecen haber quedado en los linderos del siglo pasado, al atacar las bases de la ciencia, por lo que de regular y anticipatorio caracteriza a la comunidad científica en sus proceder, habría que reconocerles que obligaron a pensar el mundo de un modo que se diferenciaba de los neo y de los retornos y, aunque se emparentaban con un Nietzsche que se vincula al infrahombre, al no ser consecuentes en su rechazo de los metarrelatos – por su propia naturaleza teórica- y ante el temor de un presunto caos social según la terminología tradicional, asumieron un supervalor, la justicia que, por cierto, es el más histórico-concreto y situacional de todos los valores, por lo cual su pretensa negación absoluta se transformó en la más abstracta de las igualdades, más aún que la de racionalistas como Locke y Rousseau.

En la Era que Kaku denomina como Era del dominio, en la cual los hombres se transmutan, según su opinión de observadores pasivos en “coreógrafos de la naturaleza”², este físico, que pretende elaborar la “teoría del todo” y que cualifica a las revoluciones cuántica, biomolecular y de las computadoras como las tres grandes revoluciones del siglo XX, por supuesto, sin contextualizarlas, cae en una contradicción en el propio nivel de su discurso científico, al abstraerse de la cualidad subjetiva incrementada de los científicos constituida por la asunción progresivamente consciente del valor y su expresión en el diseño.

El asentado criterio decimonónico de la separación entre las ciencias naturales y las que, de forma cuasi condescendiente, se cualifican como ciencias sociales, -aunque aquel se encuentra en franco debilitamiento entre los científicos de punta que se apoderan de esferas reservadas anteriormente al conocimiento social, porque las consideran imprescindibles para su trabajo³- forma parte dogmática de la ciencia constituida, lo cual se manifiesta entre otros elementos, en la supervaloración del análisis cuantitativo y de la descripción, en detrimento de los conceptos develados en el marco del conocimiento social en los cuales la dimensión teórica ocupa en múltiples ocasiones, el primer rango.

² Visions (How Science will revolutionize the 21th Century) New York, London, Toronto, Sydney auckland, Anchor Books, 1997, p.4)

³ Ver La conciencia participativa: la física de la vida transformativa de Christopher James Seaton Clarke, en Cuba Verde, La Habana- Madrid, Editorial José Martí, 1999.

Parecía que el reduccionismo cognitivo se marchaba con el siglo XX, y que el valor se integraba a la cognición en el siglo XXI, no obstante, en la instrumentación de la ciencia, dicha separación entre ciencia y valor tiende a reproducirse, a pesar de la apertura que significa para la matemática asumir la cualidad como parte de sus métodos de trabajo.

En tanto saber comprensivo de la subjetividad humana en su expresión de comportamiento y pensamiento éticos en relación con la vida y su papel integrativo de la continuidad de las generaciones que vivieron hasta las actuales, así como las futuras, la bioética ostenta una dimensión filosófica, evidente en cuanto a concepción, no así en los métodos que deben serle inherentes conforme a su objeto de estudio por lo imprescindible que resulta la conjugación con conocimientos empíricos y la necesaria intermediación de otras ciencias particulares para producir un resultado.

La interrelación entre la ética y la vida confiere a la Bioética el valor nuevo de constituir un puente ⁴hacia la expresión unitaria de las ciencias y valida la posibilidad heurística de la transdisciplinariedad. Ello nos lleva a la pregunta de si constituye la bioética, un nuevo tipo de saber.

Para mí, el saber bioético se encuentra en plena construcción, de lo cual dan fe la animación conflictual que producen las variadas teorías. Nos parece que uno de los elementos característicos de dicho saber es conocer la vinculación entre la concepción y la instrumentación, en lo cual se diferencia de gran parte de la filosofía contemporánea. Su carácter global y local lo emparentan de modo cercano con el “ambiente”, y padece de las mismas dificultades operacionales que aquejan a este último, a la vez que conjuga, también como él, lo teórico y lo empírico, lo absoluto y lo contaminado con ciencias diversas, la circularidad de sus conceptos y su papel mediatorio tanto horizontal como de modo vertical.

Este tipo de saber engloba no sólo a los fenómenos específicos de la vida, sino también a su interrelación con sus componentes no orgánicos, luego, de hecho, se hace presente en toda la reflexión científica y trasciende al carácter normativo, pero no puede excluirlo. Entonces, en esa red amalgama, ¿ dónde encontraríamos su identidad sustantiva y metodológica?. En este estadio, sólo puede conjeturarse su condición holística y su tendencia a la totalidad. En ello se diferencia de la generalización filosófica propiamente dicha; pero recorre la subjetividad y la naturaleza, sin que podamos darle prioridad a ninguna de las dos, porque ambas constituyen lo uno, con preeminencia diversa contextualizada por el devenir.

La filosofía del siglo XXI plantea las mismas problemáticas que se hicieron teorías en China, India y Grecia; pero también las surgidas en el curso del siglo XX y, en particular, las originadas por las revoluciones científicas y tecnológicas universalmente consideradas. Es mi criterio que son estas también revoluciones sociales, y no solamente por sus portadores, sino porque influyen radicalmente en los cambios en los órdenes sociales. Ahora bien, se han proscripto del mapa epistemológico, las tradicionalmente denominadas revoluciones sociales por el nuevo aire que le otorgaron

⁴ En sus últimos años Potter llamó a la Bioética, Etica global y Etica sustentable, aunque desde sus comienzos la valoró como puente. Conferencia de José Acosta titulada “De Potter a Potter”, Evento Cultura Política, Medio ambiente y Bioética, convocado por la Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas, del 25 al 26 de enero del 2002, y celebrado en la Universidad de La Habana.

sus reservas científicas y tecnológicas al sistema social precedente y vigente, lo cual no significa que el macroesfuerzo social originado por las revoluciones sociales del siglo XX se haya eliminado, como pretenden un número muy importante de especialistas, ni que no volverán a producirse, aunque por caminos quizá enteramente nuevos, puesto que los problemas que las causaron no sólo no han sido resueltos, sino que ahora se encuentran agravados con las polarizaciones en lo social, en lo político, en lo militar, en lo ambiental, en lo cognitivo. .

La humanidad se enfrenta a nuevos y más radicales desafíos que incluyen la supervivencia de la propia especie humana, cuestiones que no ocupaban el mismo rango cuando se produjeron las primeras revoluciones de los macrogrupos sociales, así como al revolucionarse varias esferas científicas y tecnológicas se originaron nuevas relaciones materiales y espirituales que plantearon la necesidad de analizar los recién conformados objetos y procesos para lo cual se hacían insuficientes las ópticas existentes.

En ese panorama científico surge la bioética, al estilo de Potter, con un sentido holístico. Ella demanda la integración del conocimiento científico en conexión con una totalidad, la de los seres vivos en su vinculación con lo orgánico e inorgánico, lo cual conlleva cambio en los métodos, en los parámetros de medición de los conocimientos, e incluso hasta en los saberes, y constituye un grado de generalidad que la acerca a una concepción omnicomprendiva.

Es un escalón que se hace imprescindible en el camino hacia la concepción unitaria de las ciencias, lo cual implica una ruptura epistemológica con los saberes hasta ahora relativamente compartimentados; pero fundamentalmente, exige un cambio en la mentalidad de los científicos del siglo XXI.

Este nuevo saber niega por su propia naturaleza los compartimentos estancos, obliga a : 1) educar socialmente, en una ética global sustentable. 2) integrar en el pensar científico dichas concepciones en sus métodos, 3) comprender la especificidad identitaria de las ciencias particulares y de aquellas que representan grados de mayor generalidad, avanzadas por sus métodos y categorías transdisciplinarias y tomarlas en cuenta en sus parámetros de medición, 4) repensar los saberes constituidos para conocer sus zonas transicionales horizontal y verticalmente.

Para nosotros, la bioética es un nuevo saber, al cual habrá que ponerle calificativos varios y que requerirá de métodos cada vez más complejos para la develación de sus micro y macro complejidades. La bioética, en este propio estadio epistemológico tiende a revolucionar la ciencia constituida, unifica el saber tradicional, el proceder tradicional, lo axiológico ético y sus formas de comportamiento y en esa conjugación se origina el saber bioético o saber bioético global sustentable.

En fin, en este nuevo tipo de saber, el valor es intrínseco a la cognición. Si se busca un patrón organizador para este nuevo saber, más de los humanos compromisos con sus naciones, clases, grupos, partidos, etnias, tribus, religiones, concepciones, común a toda la ciencia, es su unidad con la ética, o como plantearon los próceres cubanos del siglo XIX, la ciencia y la conciencia. Hoy esa unidad se diferencia de la anterior, al haber cambiado las condiciones de vida y la complejización actual de las relaciones sociales;

pero, además, posee como punto de partida al científico en tanto ser humano, su conectividad con el otro y, en general, con la salvación de la humanidad.

II- Una trama específica : bioética y ciencia política.

Es habitual confundir una visión específicamente humana con el antropocentrismo. Aunque no podemos descartar que el homo sapiens al afirmarse frente a la naturaleza, se afirmó también ante el Universo, puede considerarse que lo específicamente humano hoy en dicha relación es la comprensión de que el hombre es también naturaleza y que su mayor grado de conciencia filosófica y cultura política es su capacidad de pensar la integración intersubjetiva y con lo considerado anteriormente, como su no- yo.

A esta relación tributan todas las ciencias, no obstante, el propio futuro de la ciencia como tal depende de las asunciones políticas del curso de este siglo.

En esta problemática no dejan de tener razón los partidarios de la ecología profunda, por cuanto lo humano superior es cuando el hombre se piensa y actúa como integrante de la totalidad, lo cual trasciende lo holístico propiamente dicho.

Ahora bien, en la lógica de un pensar que no tomaba en cuenta la dimensión ecosistémica, la bioética tendría que inaugurarse en las ciencias que tienen al sujeto-hombre como su objeto-naturaleza y, en particular, al sujeto-hombre-perteneciente a la élite que se encuentra en condiciones de financiar las investigaciones que mejoran, extienden y deciden la vida de individuos y grupos sociales.

Como se sabe, el primer gran desarrollo de la bioética se dio en las ciencias médicas, y aunque no compartimos la conceptualización de la bioética como ética aplicada, consideramos valioso este comienzo aplicado, porque con él se cuestionó la pertinencia ética de los procedimientos de la ciencia, es decir, se rescataron valores humanos ante la preeminencia de los científicos (saber constituido) y de los tecnológicos (procederes). Dada la posición privilegiada del médico en la sociedad, desde las comunidades primitivas, sus consideraciones en el campo de la bioética médica influyen en otros ámbitos, a pesar de su trasparentada dimensión elitaria, y a su reduccionismo epistemológico científico, tecnológico y económico.

Nos parece consecuente que el primer escalón de la “bioética-puente” se relacione estrechamente con la bioética médica. El descifrado del código genético, el acelerado desarrollo de la biotecnología, los trasplantes e implantes y otros resultados de las revoluciones biológicas, tecnológicas e informáticas plantean serios problemas éticos, jurídicos que inclusive alcanzan a la identidad del individuo, los cuales exigen normativas políticas, legales y éticas.

En estos momentos, la bioética se identifica más en países y en gran parte de la comunidad científica mundial con la concepción predominante de la bioética médica, aunque dicha comprensión se resquebraja aceleradamente por el asalto del pensamiento ambientalista y por la multiplicidad de los problemas que se originan en otras ciencias de la vida. Corresponde a la bioética médica o ética biomédica el hecho de enorme importancia que ha aglutinado a personalidades y grupos científicos diversos, por lo tanto, aún en un campo restrictivo, consideramos este ha sido no sólo adecuado, sino insoslayable por :a) la novedad de las problemáticas planteadas, b) la posibilidad de

interesar a grupos mayoritarios por constituir el ser humano su objeto, c) el hecho de que la vinculación con otras formas de vida, aunque necesarias para la supervivencia del ser humano, requieren de una generalización y de una complejización de mayor alcance que se distancia de la inmediatez relativa de las cuestiones anteriormente referidas.

En la primera mitad del siglo XX, nacieron, al decir de Capra⁵ los llamados sistemas de pensamiento que por sus conexiones, relaciones, contextos se expresan como una red. Creemos que este término, al parecer muy flexible, posee un fuerte acento informático, con lo cual repite la tradición epistémica de que las ciencias emergentes trasladan sus conceptos y métodos a las demás, lo cual comienza por el uso de sus códigos. Por supuesto, el propio término puede llenarse de un nuevo sentido, y afirmarse con una nueva identidad conceptual, no obstante, nos parece que en la actualidad no reproduce las complejidades de los sistemas en general por su sabor esquemático, y menos aún, las que se originan en los sistemas de pensamiento.

Nos sentimos obligados a augurar que la bioética tendrá que proyectarse en el futuro como una disciplina rectora para los problemas éticos que plantean las ciencias médicas, con una dimensión de mayor entidad al tratar la ética en relación con todas las ciencias de la vida y como integrante de una ética ambiental o ecoética, aunque nunca con el carácter de supraética.

Ahora bien, qué relación se establece entre un saber poseedor de una globalidad de arista filosófica como la bioética y una ciencia de carácter pre eminentemente tecnológico (en el sentido de fines del siglo XX) como la ciencia política.

Si examinamos la ciencia política occidental se hace presente lo que ha dado en llamarse avaloración⁶, asumida de forma confesa por sus portadores profesionales, por el contrario, en la concepción originada en Cuba de una ciencia política tercermundista, la ética forma un sustrato necesario, con especial énfasis, en la formación de políticas públicas. En consecuencia, entre la bioética y la ciencia política de enfoque nuevo, alternativo, tienen que establecerse vínculos progresivamente estrechos, objeto de estudio inexistentes en los “Grandes Textos” de ciencia política, que demuestra que dicha disciplina, además de padecer de falta de universalidad en su concepción euronorteamericana, se enfrenta ante nuevos desafíos humanos globales amén de los sociodiversos preexistentes.

La unidad originaria de nuestro planeta (desde hace más de 240 millones de años⁷), es decir, su totalidad geológica y su progresiva fragmentación trajo consigo el aumento de la biodiversidad y también bioinvasiones que, inicialmente fueron un producto de los cambios naturales, para luego ser acelerados por los culturales con la aparición de la conciencia como una afirmación de sí, y, a la vez, de la negación de su ser natural, aunque la integración de las comunidades primitivas o primigenias a su entorno,⁸ no

⁵ Ver Fritjof Capra, *The Web of Life* (publicado en español como *La trama de la vida*), New York, An Anchor Book, 1997, p.28.

⁶ Ver Jerez Mir, Miguel, *Ciencia política, un balance de fin de siglo*. Centro de Estudios Políticos y constitucionales, Madrid, 1999, p.220.

⁷ Bright, Chris, *Life Out of Bounds (Bioinvasion in a Borderless World)*, W.W. Norton & company, New York-London, 1998, pp.17-19.

⁸ Carlos Delgado (2002 a) sobre la idea del hombre como productor de “entornos”,

afectaron de forma importante, la unidad inicial, lo cual se mantuvo, relativamente en las formaciones sociales sucesivas.

Sólo cuando los medios científicos y tecnológicos fueron capaces de destruir progresivamente innumerables especies producidas por la naturaleza en el proceso de adaptación a nuevas condiciones y de afectar el sistema-tierra, este último apareció no como fuente de recursos naturales para el “dueño de la creación”, sino como otro sujeto, capaz de hacerse sentir, y este sí, sin verdad, sin valoración, sin ética, aunque sí comportamental y de macro y microactividad.

Este entramado trae consigo en relación con la sociedad humana dos problemas, en nuestro criterio, de naturaleza global: 1ro. la bioética, 2do. Las políticas públicas internas e internacionales que asumen y/o deben adoptar los estados, los organismos internacionales, la formulación de propuestas de los movimientos sociales, de las organizaciones de sociedades civiles internas e internacionales en relación con la supervivencia de la especie humana, la biodiversidad y la sociodiversidad (el descifrado inicial del genoma humano ha demostrado que el hombre no es biodiverso) que pasa indefectiblemente por la preservación y sostenibilidad de la vida y su biodiversidad en el planeta.

Estas macrotareas no son sucesivas, sino que pueden y deben trabajarse de modo conjunto⁹, a la vez que inmediato.

Aunque hemos planteado que la ciencia política occidental pretende la avaloración, es necesario aclarar que esta posición es la asunción de un determinado juicio de valor, y en contra de la creencia de que el capitalismo carece de ética, consideramos que desde su surgimiento mantiene una eticidad que le sirve para cimentar y cementar sus acciones y presentarlas como adecuadas a las grandes mayorías. Incluso el neoliberalismo también posee una eticidad a la que se aferra sin vacilaciones, en la cual ocupan un lugar privilegiado, la capacidad especulativa de generar ganancias y el distanciamiento de los macrosujetos como entidades metafísicas que, además, ha alcanzado la connotación de que se le valore como paradigma único.

La ética también ha sufrido cambios y alteraciones. El naturalismo ético, en lo fundamental, constituye un rezago en la historia epistemológica de la ética. Emparentado con el Derecho Natural ha, sin embargo, traspasado con algunos portadores, el dintel hacia el siglo XXI. Para mí, la esencia y condición social de un hombre lleva consigo el hecho de que la ética sea relativa, por lo cual no me parece aceptable la pretensión dogmática kantiana, lo cual sustento en las diferencias sustantivas entre la naturaleza y la esencia humanas. Su carácter relativo no priva a la ética de objetividad; pero sí de imparcialidad atemporal, depende de la época, del estado del conocimiento y la superstición, de sus portadores, de los grupos, clases, tribus, etnias, nacionalidades y naciones y de sus propias singularidad es en tanto personalidad.

Tanto la bioética como la ecología son disciplinas que muestran el proceso de unificación de la ciencia. Ante hechos cuya complejidad demanda respuestas complejas, integradoras, tales saberes científicos han introducido en su seno, no como conducta exterior, sino como objeto propio, la reflexión ética. Con dicho inmiscuimiento se da

⁹ Sobre esta cuestión, la autora ha escrito un trabajo (Ponencia al XXXV Aniversario del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNIC), La Habana, 2000, sobre “La dimensión de lo inmaterial en las conciencias plurales” y en el libro Cuba Verde, Op. Cit.

entrada, de modo obligado en la cognición, a otras disciplinas hasta ahora cuestionadas como saber científico, las llamadas ciencias sociales. Permítanos afirmar que todas las ciencias son, por esencia, sociales. El objeto de la ciencia es un problema cognitivo, epistemológico y siempre ha sido el ser para el hombre, del propio modo que la verdad no existe sin la especie humana, es su reflexión., su reproducción, su construcción de la conciencia. La tan mencionada “descripción de los hechos” para la ciencia, parte no sólo de una teoría sea esta consciente o no, sino que se encuentra codificada por los términos que se utilizan. Ello que existía en la racionalidad clásica, posee efectos multiplicadores en la racionalidad no clásica, ecológica y bioética. En ese sentido, participaríamos de un cierto antropocentrismo, el cognitivo que usando el adjetivo empleado por Alvin Toffler de “cognitario”¹⁰, aunque no de un grupo social sino a nivel humano, constreñiría el saber científico, hasta este estadio social, a la especie hombre.

Para nosotros, que propugnamos una nueva ciencia política, de enfoque tercermundista, o por lo menos, alternativo, a la establecida hasta fines de la década de los ochentas, la asunción de la bioética como ética de la vida asume un espacio de excepcional importancia, por cuanto, no es posible pautar comportamientos y escenarios políticos sin tomar en cuenta:

- a) la relación de la propiedad privada y pública y la existencia de la vida,
- b) el papel de los estados en la destrucción de los patrimonios naturales y de la sustentabilidad a la sociodiversidad y a la biodiversidad,
- c) el derecho de los derechos humanos y ambientales a su reproducción ampliada,
- d) los considerados cuatro principios fundamentales de la bioética: autonomía, beneficencia, no maleficencia y justicia caen, por naturaleza, en el campo de la bioética médica y aunque poseen un enorme valor en la elaboración de políticas públicas, poseen las dimensiones correspondientes a aquella.
- e) Para la ciencia política de naturaleza global, que pasa de modo necesario por la aceptación del carácter antinómico y excluyente de la ciencia política occidental y por el establecimiento de una ciencia política que enfoque los problemas del mundo tercero, aparece una profunda contradicción entre la reducción de la bioética a su manifestación aparente en el campo de una determinada relación inter-personas y la constatación de que el hombre no existe sin la vida y que esta depende, en última instancia, de los ecosistemas.¹¹

Como consideración general, es nuestro criterio que la sustantividad de la bioética en tanto saber, se basa en su objeto complejo, dinámico, determinado y emergente y que una ciencia política que responda a las exigencias del siglo XXI, también la occidental, tiene que asumir- además de las asimétricas relaciones intersubjetivas del mundo actual, basadas fundamentales en la lógica de la dominación, en estructuras sociales sustentadas sobre el poder económico, la coerción y la obediencia- las vinculaciones del hombre y la sociedad con otro sujeto que afirma progresivamente su autonomía y su rechazo a ser considerado como un objeto para el hombre, la naturaleza, incluyendo la naturaleza humana.

¹⁰ El cambio de poder, Plaza & James Editores, España, 1996, sobre el original de 1990.

¹¹ Ver de Federico Mayor, “Por una ética del agua”, en el Correo de la UNESCO, febrero de 1999, Año LII, p.9.

La ciencia política de hoy, desde cualquier ámbito en que se produzca, de un modo u otro, tendrá que asumir los valores bioéticos y ecoéticos, lo cual cambiará la ética de sus relaciones conminada por la sostenibilidad ecológica a que se encuentra obligada.

Si valoramos a la bioética como un nuevo tipo de saber, también las tramas específicas se impregnan de esta óptica generalizadora y unificadora, de la que no pueden escapar o incontaminarse porque el puente epistemológico establecido, lejos de debilitarse, deviene imprescindible para trascender el discurso que pretende develar los retos del nuevo siglo.

La Habana, 7 de enero del 2003.

Autora: Dra. en Ciencias Thalia Fung Riverón, profesora titular consultante e investigadora titular, presidenta del Tribunal Nacional de Grados Científicos en Ciencias Políticas de la República de Cuba y miembro del similar de Filosofía. Presidenta de la Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas.